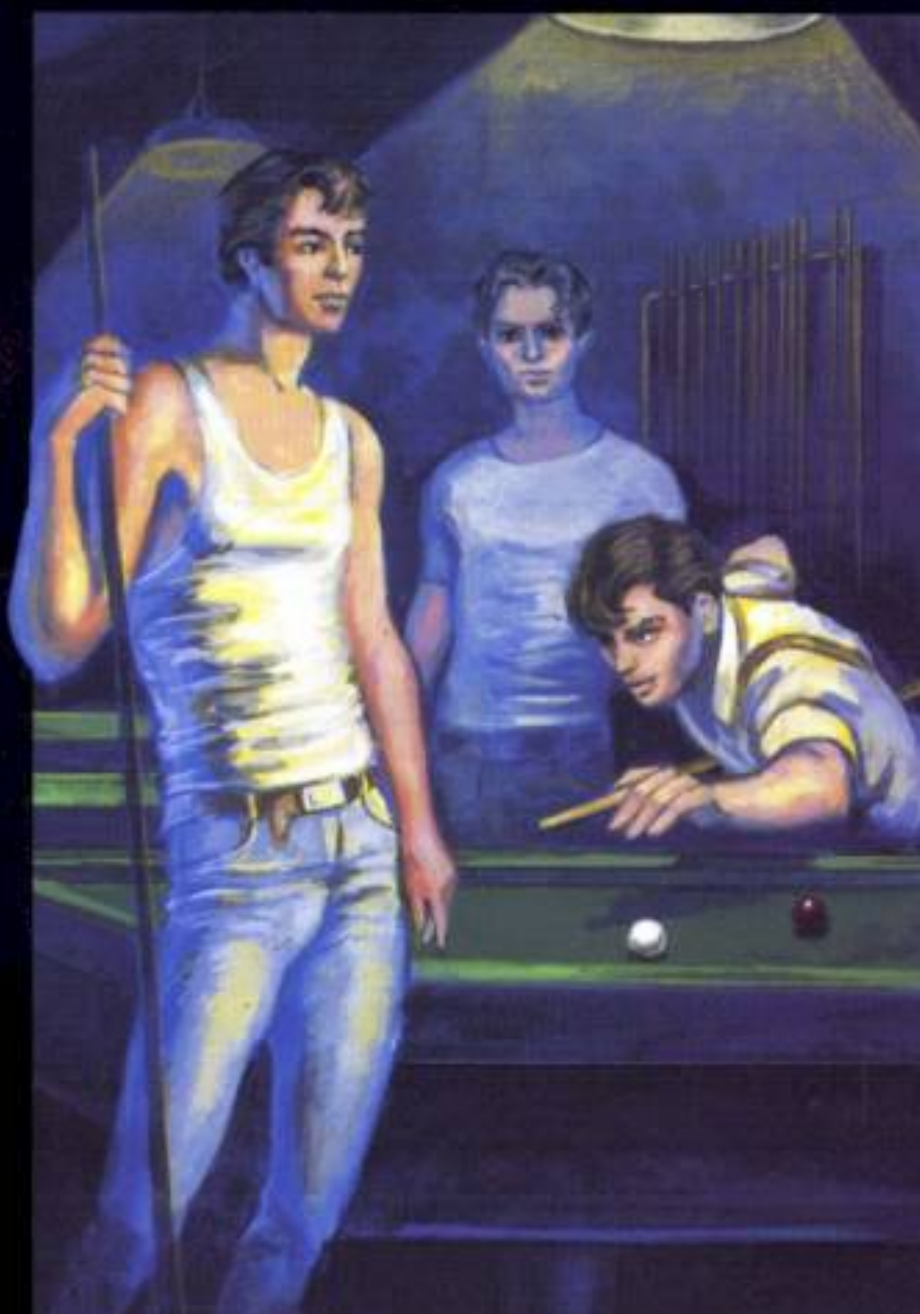


El fuego secreto

Fernando Vallejo



«Un libro alucinante. Un desafío a la vez que una bofetada. Vallejo se desgarró al escribir, y nos desgarró y nos alucina.» (Alberto Aguirre, *El Mundo*)

«La más violenta andanada que se ha escrito contra Colombia pero a la vez un emocionado grito de independencia y rebeldía y, ¿por qué no decirlo?, de amor también.» (Nicolás Suescún, *Revista Diners*)

«Una voz cuyas disonancias deslumbrantes nos recuerdan las espléndidas imprecaciones de los Cantos de Maldoror y su deificación de la adolescencia.» (Claude Michel Cluny, *Le Figaro Littéraire*)

«Una prosa de bellezas sombrías. Una novela de un barroco deslumbrante.» (Pascale Haubruge, *Le Soir*)

«Relato desmesurado y blasfemo. Una mirada de lucidez y delirio en un país al borde del cataclismo.» (Hugo Marsan, *Ex Aequo*)

—¡Mierda! —dijo la Marquesa, poniendo las tetas sobre la mesa—. Con quién peleo, si sólo maricas veo...

Eché una mirada en torno, por el cafetín abyecto, y sus ojos se detuvieron en mí. Yo solté la gran carcajada: era el personaje más extraordinario que había visto en mi vida.

Hernando Aguilar, la Marquesa, tendría cincuenta y cinco o sesenta años entonces, una edad antediluviana, y era de Yolombó, en las montañas de Antioquia. De ahí el título: la Marquesa de Yolombó, que se puso él mismo, porque no se lo dio nadie: ni Dios, ni el Rey, ni el pueblo inmundo. Y como un escapulario se lo chantó encima, por burlarse: de él, de mí, de usted, de Antioquia, del partido conservador y el partido liberal, de la Santísima Trinidad y la Sagrada Familia, y primero que todo y antes que nada y al final de cuentas, de Tomás Carrasquilla, ese viejito chismoso y marica de Santo Domingo el pueblo de mi abuelo, que había escrito entre varias una novela: «La marquesa de Yolombó», justamente.

En Antioquia, con tanto que ha corrido el río, no ha habido más marquesas que ésas: una que cruzó por la imaginación de un viejito urdidor de mentiras, y otra que vivió una noche, una sola noche de mi recuerdo en el café Miami, entre tangos y boleros, mientras iba y venía endemoniado el aguardiente, y cantaba el traganíquel y se me quemaba el corazón. Marquesas de la vida o la novela, ahora las dos se me hacen una sola, acaso porque la vida cuando se empieza a poner sobre el papel se hace novela.

De día contador público, de noche la Marquesa estaba enamorado de un muchacho, Lucas, a quien yo conocí: de una insolente belleza que realzaba la más absoluta estupidez. Tiempo después de mi noche, otra noche, en un país muy lejano, oí contar una historia: que Lucas y la Marquesa se habían ido a San Andrés. La isla, por si usted no lo sabe, tiene corales y está bañada de luz, y el mar a ratos, cansado

del azul se hace esmeralda, para recordarle a quien no lo quiera creer que el verde de Colombia llega hasta allí. En San Andrés, la isla, mientras Lucas soñaba en la arena a la deriva en la placidez de la tarde, abrumado por la belleza del amor y la fealdad de los números la Marquesa le puso fin a su cuento: se cortó las venas y se adentró en el mar.

—¡Salud y pesetas! —dijo la Marquesa acercándose a mi mesa.

—¡Salud! —respondí yo, y choqué contra el suyo mi vaso de aguardiente.

¡Clic! sonó el vaso y cambió el disco al caer una moneda: desde su alma oscura, insidiosa, el traganíquel, alumbrado de foquitos, empezó a arrastrar una voz: «Busco tu recuerdo dentro de mi pena...» Era Daniel Santos, el jefe, quien cantaba... Un inmenso viento verde de piratas y palmeras sopló sobre el café Miami viniendo de muy lejos, de un remoto mar Caribe de tormenta, donde cargada de oro se iba a pique una goleta y naufragaban penas de amor.

En el café Miami, esa noche, la Marquesa me presentó a Jesús Lopera, Chucho Lopera, de quien usted sin duda ha oído hablar. Muy mentado. Su fama corría por los billares de San Javier y de La América cuando todavía era un muchacho, y bajando por los cafetines y cantinas de la avenida San Juan cruzó el río y llegó al centro, y entonces le conocí. Digo que me lo presentó la Marquesa, y por ello aquí recuerdo a la Marquesa, puesto que escribo para recordarlo a él.

Del centro, fui testigo, el nuevo nombre empezó a irradiar hacia los opuestos puntos cardinales de la fama: el barrio de Boston de mi infancia, el barrio de Prado de los ricos, el barrio La Toma de los camajanes..., y ese barrio de Guayaquil, de sangre y candela, donde se conseguían putas a cuatro pesos, y un cuchillo apurado daba cuenta de un cristiano por menos de eso. De chisme en chisme, de calle en calle, de barrio en barrio, iba el nombre de Jesús Lopera como un incendio por la escandalizada Medellín.

¿O escandalizado? No se sabe. Aún no se sabe si es hombre o mujer. Con las ciudades, como con las personas, a veces pasa así.

Cuando había rebasado, Prado arriba, a Manrique y Aranjuez por las laderas de la montaña, lo mataron. Una y otra vez, otra y otra vez, le hundieron un puñal en el corazón buscando el centro del alma. Dicen que la sangre le brotaba a chorros como surtidores. Dicen, ¿pero cómo lo saben, si nadie vio? La gente dice y habla y asegura sin saber. Lo que yo sí sé, y aquí lo puedo asegurar, es que Chucho Lopera a la par que la Marquesa, pero según su modo pues el caso variaba mucho, como lo que va de diecinueve años a sesenta o cien, Chucho Lopera se burló a su antojo de medio Medellín: con el otro medio se acostó. Iba anotando en una libreta, que se volvió libro gigantesco, nombres y direcciones y colegios y señas particulares, para no ir a perder lo vivido por dejarlo olvidar.

—Te lo regalo —dijo presentándonos la Marquesa, sin aclarar quién a quién.

Su burlona intuición le decía acaso que para Jesús o para mí, el regalo valía por igual. Como en un sueño de repentina desnudez, sentí por un instante que la Marquesa leía con claridad en mis ojos: la misma atropellada impaciencia, el inconmensurable anhelo... Jesús se sentó a mi lado, sacó la siniestra libreta, y empezó a presumir:

—Andrés Gómez: lo conocí en un billar de La América; Javier Restrepo, en una heladería; Luis Guillermo Echeverri, en una cantina de San Javier...

A Manuelito Echavarría lo había conocido en el colegio San Ignacio de los padres jesuitas, y a Hernando Elejalde en un liceo del gobierno. A otro en una iglesia, a otro en una terminal de camiones, a otro en el Metropol: Álvaro Isaza, Guillermo Escobar, Rubén Santamaría, Juan Gustavo Vásquez, Iván Darío Arango, Diego, Raúl, Rodrigo, Rubén, Efraín, Genaro, Gerardo, Alejandro, Carlos, Luis Carlos, Enrique, Jorge Enrique, Mario, Julio Mario, Uribe, Ochoa,

Isaza, Vélez, Vásquez, Tobón, Cadavid, Escobar, Betancur, Marín, Mejía, Arango... Todos, todos los nombres, simples y compuestos, y los apellidos antioqueños iban desfilando por las páginas de esa libreta que compendiaba, en las infinitas combinaciones del capricho y la fortuna, el fuego de una obsesión. Hermanos, primos, amigos, vecinos...

—Con todos me acosté.

La cuenta, según sus cálculos, era muy simple: Medellín tenía setecientos mil habitantes, de los cuales trescientos cincuenta mil eran mujeres, que se le dejaban al Señor. Del resto, descontando ancianos mayores de veinte años, que ya no sirven, y niños menores de doce u once, que protegía bajo su falda anticuada la moral, quedaban, aprovechables, cincuenta mil. Llevaba mil en la libreta:

—Lo cual es nada: me faltan cuarenta y nueve mil.

De éstos no descartaba ninguno: alguna cualidad les veía, del cuerpo o del espíritu, así fuera una torcida intención. Entre los ajenos, vacíos nombres de la libreta, que por un instante tuve en las manos, fueron pasando dispersos — Fernando Villa, Juan de Dios Vallejo— mi nombre y mi apellido, que le quedaban esa noche por juntar.

Ha callado el traganíquel. Por entre el boquerón de la carretera de Robledo, allá en lo alto, allá a lo lejos, surge el sol levantando el telón de la bruma, y se apaga el incendio de la noche bajo el rocío del amanecer. Jesús y yo salimos a la calle, al nuevo día, mientras desde el fondo de su embriaguez, en el Miami que se eclipsa silencioso se despide la Marquesa:

—Váyanse a dormir con Dios.

Con Él, o sin Él, de todas formas nos vamos: hacia los hotelitos abyectos del barrio de Guayaquil.

Por la calle de Junín, en sentido contrario al nuestro, vienen a misa de seis las beatas apuradas: las llaman desde la catedral con un repique insistente de campanas. Cierro los ojos, pienso en mi abuela: mi abuela en el corredor trasero de su finca Santa Anita, convocando a las gallinas con

un kilo de maíz zarandeado en una lata. De las calles que desembocan a Junín, saliendo del sueño, con la noche aún prendida en los ojos y libros y cuadernos debajo del brazo, surgen los escolares. Niños y muchachos que se nos cruzan por las esquinas... Diez, veinte, treinta, cientos que faltan en la libreta... Me río, y Jesús se ríe. Vamos a contracorriente del mundo: a dormir cuando los demás se despiertan.

Entonces desde los más opuestos rumbos del cielo sueñan campanas. Son las campanas de la iglesia del Sufragio, donde de immaculado azul se me apareció la Virgen en mi infancia. Son las campanas del barrio de Manrique, donde vivió mi abuela, y las de la iglesita del Niño Jesús, que arrullan colinas. Son las campanas del convento blanco del Carmelo que se borra en el día, y que sólo pueden verlo ojos de niño al atardecer. Las campanas de Buenos Aires, las campanas de Aranjuez, las campanas de San Benito. Las de la iglesia de la Veracruz de piedra, y las de la catedral de incontables ladrillos. Y las de esa iglesia de viejos muros blancos de cal de la Candelaria, a cuya plaza de adoquín oigo llegar las recuas de mulas arriadas por fantasmas de arrieros. ¡Arre! ¡Arre! Vuelan mirlos, vuelan sinsontes, vuelan gorriones, que en la translúcida luz construyen nidos bajo los aleros, sobre los balcones. De súbito, atronando el aire sobre los infinitos espectros, como una saeta, como un lapicero, trazó su raya de olvido el chorro de un jet.

Acaba de llover, voy por el parque, y el cielo de smog se refleja en los charcos. Como ayer, como siempre, los niños se me acercan cuando me ven pasar, a preguntarme por la señora de abrigo negro que me acompaña:

- ¿Qué marca es?
- ¿Qué raza? Gran danés.
- ¿Muerde?
- No.
- ¿Cuántos años tiene?
- Tres.
- ¿Cómo se llama?

Y una sonrisa de incredulidad recibe el nombre cuando les digo como se llama.

—¿Bruja? Jua, jua. ¡Parece un caballo!

Un caballo no: una yegüita, una caballita... Antes de alejarse, el hombre viejo y la perra se miran, por un instante, en un charco...

Como todos los cafés de Medellín, o de Antioquia, el Miami no es un café: es cantina. Cafés se llama a las cantinas en un país de borrachos por eufemismo, por salvarle un poco la cara maltratada a la decencia. Cierto que en la mañana, y hasta en la tarde, sirven café, pero del café se pasa a la cerveza, y de la cerveza al aguardiente, y del aguardiente a la alucinación. Para las siete u ocho de la noche ya han sido abiertas de par en par las puertas al cotidiano desvarío.

Centro del centro, corazón de la tierra, el Miami se levanta en la mera esquina donde desemboca Junín al parque de Bolívar. Y por aquello de que Dios los hace y ellos se juntan, tarde que temprano allí vamos a dar todos, con virgiendo desde el extravío. Antiguamente, en tiempos de Carrasquilla, digo por decir, o sea cuando yo aún no nacía, debió de ser una casa, o parte de una casa: una de esas amplias casas del Medellín lejano bajo cuyos techos de teja la vida transcurría en paz, porque abiertas las ventanas de barrotes corría un aire límpido, y sus moradores no tenían ni idea de por dónde, ni cómo, ni con cuánta intención comete un cristiano el pecado mortal. ¿O acaso sí? Acaso sí. Yo soy muy dado a presumir de que al abrir por primera vez los ojos el mundo lo descubrí yo. Sea lo que sea, convertido en una jaula de vidrio con entradas y cristales al parque y a la calle y a los cuatro vientos, el Miami nos exhibía con desvergüenza a la pública murmuración. Pasaban las señoras y los buenos ciudadanos, camino de sus compras o el trabajo, y echaban furtivas miradas de irresistible curiosidad. De nerviosa curiosidad no fueran a encontrarse allí a un hijo, a un sobrino, a un primo, o al marido, porque por

estas tierras con los tiempos que corren no hay familia que pueda meter las manos en el fuego y diga: a la bruja la quemo yo. Sólo que por más que querían ver, mirando hacia el interior nada ven: parroquianos sentados a unas mesas tomando cerveza, y una rocola obsesiva desgranando canciones. Es que en el Miami los grandes acontecimientos pasan, pero no se ven. Hervidero de destinos que se deshacen en el aire...

En un tiempo ajeno de un país distante me despierto sobresaltado porque me llaman. Desde las encrucijadas del recuerdo me llaman. Son los mismos susurros gangosos de siempre, un parloteo confuso de irrecuperables fantasmas. Torno a dormirme arrullado por ellos, zumbido de abejas o rumores del mar. Afuera, en el parque, como un eco vibrante, en la unánime noche cantan las cigarras. La frágil barquilla rompe entonces el cordel y asciende, asciende sobre la cruda realidad y emprendo el vuelo: Pozo de la Soledad, Mar de las Tinieblas, Pantano de la Corrupción, Ciénaga del Odio... Todo, todo se queda atrás, la siniestra vejez y la plenitud irrisoria. Luego la barquilla se funde con el viento, y sobre la verdad, sobre la mentira, en la escoba de una bruja se van mis sueños a la fiesta de los duendes por colinas onduladas. Adelante se abren de par en par los ámbitos del enigma... Casi nunca logro llegar, desembarco antes de tiempo en lugares errados: en una tarde, por ejemplo, de mi fangosa juventud.

La tarde cae apacible sobre los barrios de Medellín mientras en institutos y colegios, liceos y academias, estudian los muchachos. ¿Qué estudian? Historia, Física, Química, Matemáticas: lo que no les importa, lo que no nacieron para saber. Y en tanto estudian sigue su curso el sol pero se detiene la vida. Yo espero en el Miami a que den las cinco, cuando todo cambia: Junín se llena de muchachos, se llenan los billares, se llenan las cantinas, y el cadáver de ciudad vuelve a vivir. Después se pondrá el sol, que nadie ve.

Esperando en el Miami, atento a la calle que fluye enfrente, oigo a Alcides Gómez desvariar. Que tiene, dice, a éste, que tiene al otro, que un niño precioso lo quiere, que el amor no lo deja dormir, no lo deja vivir. Que es demasiada suerte para quien pasó ya de largo por los cincuenta años, el medio siglo, y tan sólo tiene una casa, sólo una finca, un solo carro y un almacén. Claro que la ciudad está muy pobre, pero los muchachos no lo quieren por interés. El niño en cuestión apenas si llega a los diecisiete años, un jovencito, y se llama Miguel Ángel, o Rafael, o Leonardo, ya no recuerdo, pero como pintado por ellos, una verdadera preciosidad. Piensa Alcides vender su carro para comprarle una moto, pero con dolor en el alma, no se le vaya a matar.

—Tú qué me aconsejas, ¿se la doy o no?

—Dásela o se te va.

El niño ese o jovencito o ángel o arcángel o cualquier otra categoría celestial, huele el olor de la gasolina y entra en estado de frenesí.

—Dale entonces la famosa moto, Alcides, pero jamás la matrícula, porque no lo volverás a ver. Tú a pie, y él en moto, nunca lo vas a alcanzar.

Alcides Gómez es un hombre sensible. Tan perdidamente marica, que ve un muchacho bonito y se le salen las lágrimas.

—¡Soy una calamidad!

El terror de sus terrores es que uno de sus ángeles recién caído del cielo no lo despache al otro charco, como despacharon en abril pasado a su primo Hernando Echeverri, con un jarrón.

—Con uno de sus preciosos jarrones chinos, ¿tú lo puedes creer?

—Si el móvil era el robo hicieron mal. Debieron darle con una varilla de hierro, que el jarrón se podía empeñar.

En fin, es menos fea la muerte mediando semejante jarrón. No cualquier gañán callejero muere bajo la dinastía Ming.

Cuando dan las cinco dejo el Miami y tomo la calle, río de doble corriente que va y vuelve sobre sí mismo sin aparente razón. Agua revuelta por tramos, por tramos plácida, con charcos y remolinos, caimanes y tiburones, y las sardinas escurridizas de camisas de insidiosos colores y jeans azules que ha deslavado el sol. Sepa usted que la sardina (entre la humana esencia y el ángel) es el ser máspreciado de la abigarrada fauna, fauna ambigua, fauna acuática, que puebla el denso río de Junín. El río, que no es ancho, cambia según los días y según las horas de profundidad. Los viernes a las cinco, vaya un ejemplo, se hace tan hondo que uno puede, tratando de tocar fondo, zambullirse más y más hasta ir a dar al infierno. El agua quema.

La sardina, ay, por desventura, y ésta es una suprema verdad teológica, sólo vive diecisiete años, tras de lo cual muda: cambia su armadura de magia, su ropaje de ensueño, y se transforma en un ser cotidiano, proyecto del hombre pedestre y bípedo, respetable señor de traje y corbata, trabajo en el banco, honorable señora, saludable barriga, cuatro o cinco o siete mocosos berrietas y un televisor. Es el proceso de metamorfosis de la oruga en mariposa al revés. La mariposa pierde sus alas, baja del cielo, y se arrastra por la prosaica realidad como pegajoso gusano. Pero que no espere quien tiene los oídos sordos, los ojos ciegos, comprender de qué estoy hablando. Le soplará la inmensidad en la cara, le susurrará el enigma, y nada entenderá.

En mis tiempos, los de Jesús Lopera, cuando iba, vaya, mi barco a la deriva por Junín, el efímero prodigio de que vengo hablando usualmente era un escolar. Tan niño a veces que llevaba las manos manchadas de tinta. Pero no dondequiera ni siempre fue así. En un claro del bosque, bajo la luz azorada, se levanta una algarabía de pájaros al conjuro de la flauta del zagal. Y se remueven las secas hojas del tiempo. Zagalillos del hondo pasado, principitos de la corte, pajecitos del serrallo, donceles encantados, mocitos aldeanos, amantes de Adriano, queridos de Heliogábalo,

impúberes esclavos del Faraón. Chiquillos que acarrear la bruma en los puertos de Dickens, que apacientan rebaños en la áspera Galilea, que conducen camellos por los desiertos del Califa, bajo los cielos de Alá. Pescadorcitos de Taormina que retrató el barón de von Gloeden, ladronzuelos del árabe zoco huyendo entre el tumulto, moritos de los naranjales de Valencia, de la Arabia de alcanfor... Niño de irrealidad, niño de ébano, niño de marfil, niño de cristal, pícaros ojos, cadencias ondulantes, un acre olor y una fragancia turbadora, y en la frente los rizos de oro. Tiembla la luna en el estanque y suena el cuerno agorero. El pasado, vasto y vario, me es tan ajeno como la inmensa tierra. Y esto, como se comprenderá, explica el abismo que medió siempre entre Chucho Lopera y un servidor. Entre su sólida cordura y mi desmesurada insensatez. Jesús Lopera se limitaba a Junín, su río. Para mí todos los ríos llevan al mar.

En aras de la claridad precisa consignar aquí, para rellenar el bache de las confusiones, que cuando bajé por primera vez a Junín (y bajar se dice, según en otro lugar expliqué, ir al centro plano en mi ciudad de montaña) yo había sido un niño dócil, un muchachillo estudioso, comparsa en la ajena fiesta de la realidad. Quienes cantaban eran mis padres, eran mis tíos y mis abuelos, y el señor alcalde y el señor obispo y el señor gobernador y el excelentísimo señor presidente don... Don como se llame el bandido de turno, del partido conservador o del partido liberal. Pero como nada está quieto y todo cambia, todo cambió. Rompió a soplar una débil brisa que refrescaba la cara, que aligeraba el verano, sonó un cascabeleo en las hojas de los carboneros que de tramo en tramo, vanamente, sombream la calle, y los penachos de los platanos y los sauces que bordean el río se dieron a moverse de derecha a izquierda, de izquierda a derecha diciendo «No». ¿Qué me dicen? ¿Qué me niegan? Yo soy la única verdad, la única razón. Y la suave brisa se fue volviendo viento y el viento huracán y se lo fue llevando todo, los sombreros de los transeúntes,

los paraguas de las señoras, las mitras de los obispos, el solideo del cardenal, y las torres de las iglesias y los techos de las casas y —ratas, perros, cerdos, hijos de la gran puta— el protagonista de mi propia vida empecé a ser yo. Ruge el tigre, sopla el viento y vuelan las palomas.

Medellín, chiquero de Extremadura a orillas del Guadiana, lleva el nombre de Caecilius Metellus. Salta una chispa de luz de su espada corta: luego el romano me atraviesa el alma. Pero Guayaquil tampoco es un barrio ni Junín es una calle. Son un puerto y una batalla. Usurpaciones. El puerto se quema al sol y la batalla, de lanzas, no oyó el fragor de un solo tiro y duró hasta el anochecer. Paralizada la infantería y los cañones de realistas y de patriotas por una ciénaga y el soroche, la decidieron los caballos. ¿De realistas digo, y de patriotas? Realistas vaya, pues eran servidores del Rey; ¿pero patriotas? ¿De veras creían que por virtud de la hecatombe este yermo de mezquindad podía ser una patria?

Antes de Junín fue Boyacá, después de Junín fue Ayacucho. Hoy Junín, Boyacá y Ayacucho son calles. Y Bomboná y Palacé y Carabobo y Juanambú y Pichincha, y Bolívar y Sucre y Córdoba y Girardot. Héroe y batallas convertidos en calles. Son las calles del centro de Medellín y el destino de la Gloria. El héroe acaba siempre así, en pavimento. En cuanto a mí, soldado del común, también me espera mi calle: en las inmediaciones del Teatro Roma, en una falda, por donde deambulan cuchillos de camajanes: la santa calle de los Huesos.

En tanto allí voy a dar, no hay más calle que Junín, la más ancha, la más bella. Junín la única, la que me basta con cerrar los ojos para poblar de presencias. Cierro los ojos y veo. Veo, al término de la calle, frente al Miami, yendo hacia el parque en la acera izquierda, veo un chiquillo risueño de ojos vivaces y una camisa de rayas. Ya no sé si las rayas eran rojas o anaranjadas o azules: me arrastra entre sus colores la multitud con su vocerío y no lo alcanzo a precisar. Si recobro con nitidez los ojos es porque en la oscuri-

dad los ilumina la risa. Tarde tras tarde, semana tras semana, paso a las cinco del ritual frente al mismo lugar, e infaltablemente lo encuentro allí: el mismo muchachito risueño, pero con distinta camisa: cinco, diez, veinte, cien distintas camisas: una para cada día de la vida. ¿Cómo se llamará? ¿Quién se las regalará? Ambas cosas las sé, pero no las digo. Junín me ha contagiado el estúpido amor.

Mas no voy a presumir. No soy Chucho Lopera ni Jaime Ocampo: ni me quita ni me pone despertar la ajena envidia fabulando dichas y hazañas que jamás realicé. Entre el chiquillo de las infinitas camisas y su servidor jamás medió una palabra. Jamás siquiera cruzó mi apesadumbrada imagen por su campo visual, como pasa zumbando estorbosa una mosca. Jamás me vio. Y sin embargo debo apresurarme a aclarar que el más íntimo y socorrido camino por donde transitan mis pensamientos es el optimismo. Huyo de la quejumbjería y su desolada senda. Yo soy como la Maricuela y pienso como ella: pienso que con todo y todo, truene lo que truene, pase lo que pase, venga lo que venga, siempre es mucho mejor estar bien que mal. Una y otra vez, cuantas veces quiera, de la baraja del recuerdo saco la carta mágica, la historia del 99, número espléndido, que sólo yo, y nadie más, alcanzó. El resto son usurpaciones. Junín no es una calle. Ímpetu, tropa, pantano, lluvia, carga, clarines, Junín es un campo de batalla donde niños viejos ociosos juegan a la guerra.

Cuando Junín entero hablaba de su belleza lo conocí: venía de la Costa y en el Miami me lo presentaron: Jaime Ocampo me lo presentó. A Jesús Lopera, dije, lo mataron; a Jaime Ocampo también: le soltaron una ráfaga de ametralladora mientras abría, para entrar, la puerta metálica de su prendería. O para mayor precisión: la compuerta de la compuerta, pues había encerrado su negocio, para que no se lo fueran a robar, en una serie de puertas con trancas y cerrojos: el séptimo cielo de Alá diría usted, guardando el tesoro de Tutankamen. ¿Qué tanto te-

nía adentro? Veinte relojes viejos de bolsillo «Ferrocarril de Antioquia», una plancha de carbón, un cheque falso, un marco de bicicleta y un elefante oxidado. También tenía la costumbre de delirar. Le oí hablar del rey Constantino de Grecia, con quien pensaba salir de excursión desde el Pireo. Pero el sueño de sus sueños era muy otro. Soñaba su insensatez que en esa Antioquia de montañas una mañana, rozagante, vestido de azul, de dieciocho años, recién bañado le desembarcaba en su vida un marinero. Dieciocho tiros le contaron, dieciocho balas en el cuerpo que dieron al traste otra mañana con el sueño de aguamarina. Dieciocho: la edad de su delirio.

Esos mismos años tendría el muchacho cartagenero cuando en la barra del Miami lo conocí. En un primer momento no reparé en él: ahora sé que mi distracción fue la causa de mi fortuna. Mientras la calle entera palpitando al unísono, como paleta empalagosa en el calor de la Costa se derretía de amor por él, yo ni siquiera lo vi: miraba absorto las palomas volando afuera sobre la estatua.

—¿Y éste cómo se llama? —preguntó su arrogancia intrigada, refiriéndose a mí.

—¿Y éste de dónde viene? —pregunté con indiferencia distraída, refiriéndome a él.

—De Cartagena —contestó.

Una sonrisa de felicidad inmensa, de mar abierto, le iluminó los ojos verdes sobre la piel morena, y al instante comprendí que sólo podía ser él. Pero de nuevo en la evocación de la vida se me atraviesa la muerte. Esa noche Óscar Echeverri nos invitó la primera botella de aguardiente, y a Óscar Echeverri también lo mataron.

Con su largo saco a cuadros, los pantalones verdes saltacharcos, las medias blancas, los mocasines combinados, y un corbatín de alas ligeras de mariposa, veo a Óscar Echeverri, diputado por la Anapo, imán de los desarrapados, viendo pasar bellezas por Junín. La pipa de la prosperidad en la boca, lanza humaredas con fragancia a sándalo. El